

www.elboomeran.com

Ángel Esteban
EL ESCRITOR EN SU PARAÍSO
Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios

PRÓLOGO DE MARIO VARGAS LLOSA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2014
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

© Ángel Esteban, 2014
© del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-92-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-138-2014
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

EL ESCRITOR EN SU PARAÍSO

DE LA HABANA A PRINCETON
REINALDO ARENAS
(CUBA, 1943-1990)

Ese guajiro de Holguín llegaba a La Habana para unirse a los revolucionarios y derrocar a Batista y su dictadura represiva, pero encontró dos circunstancias que cambiaron su vida en muy poco tiempo, de un modo súbito: los libros y otra dictadura. La primera lo llenó por completo, pero la segunda se interpuso constantemente entre él y su afición por la literatura y la libertad. Criado entre mujeres analfabetas en un pueblo sin cultura y sin recursos, nadie sabe cómo Reinaldo Arenas emergió de la nada y se convirtió en un gran escritor. Probablemente, gran parte de la culpa la tengan las bibliotecas.

Hurgo en la sección de los «libros raros» de Princeton, y me enseñan, con mucho cuidado, un libro que el autor cubano dedicó a Peter Johnson

en 1986. Pregunto por el dueño de la dedicatoria y me dicen que es un bibliotecario de la universidad, retirado, que se encargaba, entre otras cosas, de conseguir manuscritos de escritores del ámbito hispánico, ofreciendo a los autores fuertes sumas de dinero. Por eso Princeton, además de haber sido considerada como la mejor universidad norteamericana de 2005, es también archiconocida por la sala especial donde se guardan como reliquias las cartas, ensayos, papeles personales, novelas enteras escritas a mano, de cientos de escritores famosos del siglo xx. He podido ver documentos de García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier, Cortázar, Cabrera Infante y, por supuesto, toda la obra y la correspondencia de Reinaldo Arenas, que fue a parar a esta magnífica biblioteca (una de las cinco mejores del país) en los años ochenta. Cotejando algunas de sus cartas, que todavía no están publicadas, encuentro comentarios acerca de las necesidades económicas de Reinaldo, y de la alegría con que acoge, y apunta en sus cuadernos, las sumas que va recibiendo por sus manuscritos.

En efecto, la vida del narrador de Holguín siempre estuvo teñida de dificultades, tanto políticas como económicas, pero en su etapa neoyorquina llegaron a su punto culminante cuando contrajo el SIDA y finalmente murió en 1990.

Peter Johnson me cuenta que se veían de vez en cuando y llegaron a ser amigos. Pero no fue Reinaldo quien tomó la iniciativa para que sus papeles descansaran eternamente en los entresijos de la Firestone Library, acuciado por las penurias, sino el bibliotecario norteamericano quien le insistió para que una biblioteca del estilo de la que había sido su lugar de trabajo en los sesenta habaneros, fuera ahora cobijo seguro para lo único que de Reinaldo iba a superar los cincuenta años: su propia obra manuscrita. Con la muerte del narrador se cerraba el ciclo de su vida en torno a las bibliotecas: si la de La Habana fue el comienzo de su vocación literaria y más tarde su modo de vida, la de Princeton constituyó un desahogo económico durante sus últimos años y un hogar seguro y agradable para el resto de la posteridad.

Pero su primer contacto con las bibliotecas no fue innato, sino fruto del azar y el aburrimiento. Al poco tiempo de llegar a La Habana, comenzó a trabajar en el Instituto de Reforma Agraria. De allí en adelante, como él mismo dice, «todo depende del azar. El azar ha influido mucho en mi vida y yo creo que eso es bueno. Hubo un concurso en la Biblioteca Nacional para narradores de cuentos. Había que recontar un cuento infantil de un autor conocido, exactamente en cinco

minutos. Yo estaba aburrido en ese Instituto de Reforma Agraria y no me encontré ningún narrador que me gustara. Lo escribí yo mismo y me lo aprendí de memoria. Fui a la Biblioteca y allí estaban unos señores más o menos serios y disparé mi cuento. A ellos les gustó y me preguntaron por el autor del cuento. Les dije que yo mismo lo había escrito y les entregué el original que lo llevaba en el bolsillo. Al otro día llegó un telegrama, firmado por Eliseo Diego, que trabajaba en el departamento infantil. Yo no sabía quién era ninguno de ellos. También estaba Cintio Vitier. Entonces me dijeron que el cuento era muy bueno y que fuera a trabajar a la Biblioteca Nacional, donde iba a estar mucho mejor. Yo tenía como dieciocho años y empecé, pues, a trabajar allí y a relacionarme con la gente de la cultura. Con esa gente empecé a desarrollar eso que era una especie de intuición, y me ayudaron mucho. En aquella etapa me puse en contacto con los libros». (Arenas 1980: 110-111)

La biblioteca, a partir del momento en que recitó su cuento «Los zapatos vacíos», fue un punto de encuentro, de reunión, con lo más granado de la cultura y la literatura cubanas. Allí no solo acudían los intelectuales a leer libros, sino que se organizaban tertulias, conferencias, charlas que, al buen estilo cubano, siempre empezaban tarde

pero nunca se sabía cuándo podían terminar. Pero lo más importante es que realmente allí encontró tiempo para formarse y material suficiente y de primera calidad. Ese lugar mágico fue decisivo para el aprendizaje literario. Su trabajo consistía en buscar los libros que las personas solicitaban, pero no siempre había clientes a los que atender. Por eso, tenía mucho tiempo para leer. Lo mejor eran los días en que debía permanecer en el recinto durante toda la noche, haciendo guardia, porque en esos momentos volvía a aparecer la mano generosa y sabia del azar: cogía un libro cualquiera, desconocido, y lo aprovechaba hasta la última página. «Mientras caminaba por entre todos aquellos estantes —asegura en su autobiografía—, yo veía cómo destellaba desde cada libro la promesa de un misterio único». (Arenas 1992: 98)

Y con la lectura llegó también el milagro de la creación. Reinaldo comenzó a escribir allí su primera gran novela, en el ambiente que más le gustaba: al abrigo de una directora maravillosa, que le hacía sentirse en el lugar de trabajo como en su casa, y rodeado de tesoros que él nunca había podido tener personalmente: «Yo aprovechaba la Biblioteca al máximo. María Teresa había tenido la sabiduría de hacernos trabajar solo cinco horas. Yo empezaba a trabajar a la una, pero me iba desde las ocho de la mañana para aprovechar

aquel salón vacío y escribir; allí escribí *Celestino antes del alba*. Me leí casi todos los libros que poblaban aquella enorme biblioteca.» (Arenas 1992: 99) De hecho, en una entrevista con Francisco Soto afirma que trabajar en la Biblioteca «fue una experiencia importante porque en aquel momento para mí era fundamental tener acceso a una serie de textos que en Cuba eran prácticamente inalcanzables. Por ejemplo, ¿dónde iba a comprar un ejemplar del *Ulises* de Joyce? o ¿dónde yo iba a leer a Proust, o dónde iba a leer a Yeats, o dónde iba a leer a casi todos los escritores de valor?». (Soto 1990: 39)

Pero esa situación idílica no habría de durar mucho tiempo. La directora de la biblioteca, que protegía siempre a los trabajadores y no respondía al perfil que requieren los funcionarios en las dictaduras, fue destituida por Lisandro Otero, uno de los hombres fuertes del régimen, escritor definido por Reinaldo como «buen policía y enemigo de la cultura» (Arenas 1992: 100). Su lugar lo ocupó un oficial de la policía de Fidel Castro, el capitán Sidroc Ramos. Los días de Arenas en ese sacrosanto lugar estaban contados:

A los pocos días decidí que yo tampoco podía continuar allí. Los libros que pudieron ser tachados de «diversionismo ideológico» desapare-

cieron de inmediato. Desde luego, también los libros que pudiesen tener cualquier tema relacionado con las desviaciones sexuales desaparecieron. Por lo demás, implantaron un horario de ocho horas, que se convertían en diez, porque daban dos horas para almorzar y, además, no había ningún lugar para hacerlo. (Arenas 1992: 100)

Sin embargo, Reinaldo continuó algún tiempo trabajando en aquel sitio y mientras tanto se presentó a un premio literario de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. La novela que había emergido de los numerosos días pasados entre libros y estantes recibió la primera mención y ello animó al joven bibliotecario a escribir una segunda, *El mundo alucinante*, que presentó al mismo premio en 1966 y quedó finalista, porque el galardón quedó desierto. Como no había una novela superior a la de Reinaldo, y esta fue considerada como «no-claramente-en-favor-de-la-revolución», se decidió optar por esa solución de compromiso. En la entrega del premio, Arenas conoció a Virgilio Piñera, uno de los escritores más geniales del xx cubano, y este le dijo: «Te quitaron el premio; la culpa la tuvieron Portuondo y Alejo Carpentier. Yo voté por que tu libro fuera premiado. Toma mi teléfono y llámame; tenemos

que trabajar en esa novela; parece como si la hubieras mecanografiado en una sola noche.» (Arenas 1992: 101)

En realidad casi había sido así. Al bibliotecario le vencía el plazo para presentar el original y el trabajo de ocho horas en la Biblioteca le obligaba a pasar gran parte de sus noches escribiendo a toda velocidad, treinta o cuarenta páginas por noche. Por eso, las veladas con Piñera o con Lezama corrigiendo el original y hablando de literatura fueron el momento álgido de la formación del futuro gran narrador. En casa del gran Lezama pudo también tener acceso a los libros que el fundador del grupo Orígenes conservaba en su estupenda biblioteca personal. El magnífico poeta y narrador no solo compartía con él toda su sabiduría, sino que le prestaba libros y le mostraba joyas de la literatura universal que debía conocer si quería llegar a ser un buen escritor. Su amistad llegó a ser tal, que Lezama regaló a Reinaldo un ejemplar de *Paradiso* firmado con una dedicatoria escrita en forma de décima: «Una sogá y un reloj,/ un tenedor al revés,/ el terciopelo y el boj/ vistos en nube al través,/ y el picaflores en su envés/ va a su fiesta milenaria./ Sin preguntar por su aria,/ el carbunclo desconfía./ ¿El fuego será un espía/ o la abuela temeraria?» (Abreu 1994: 13-14)

Gracias a los desvelos de los grandes intelectuales cubanos por formar al guajiro, este acumuló, entre otras cosas, una pasión inagotable por los libros. Juan Abreu, uno de sus mejores amigos, cuenta que conoció a Reinaldo una mañana de verano de 1968 en su apartamento en Miramar, y que allí «las paredes estaban cubiertas de libros. Mientras mi hermano y Reinaldo conversaban, me puse a revisar los estantes. En aquella época (costumbre a la que he seguido fiel) me importaban más los libros que los escritores. La biblioteca resultó ser selecta, maravillosa. Mis manos se deslizaron ansiosas sobre los *Cantos de caravana*, por *El espejo mágico*, por *Gaspar de la noche*, por *Bodas y El verano*, por *Ferdidurke*, traducido por Virgilio Piñera». (Abreu 1994: 13) De hecho, Abreu hacía descansar gran parte de esa relación personal en la común afición por los libros. Al tratar sobre el origen de esa amistad que los unió hasta la muerte del holguinero, concluía: «Ese algo fue el amor por los libros. Y hoy, cuando ya el tiempo se llevó a mi amigo, a mi país y a mis playas, hoy que todo se ha ido empobreciendo a mi alrededor, sé, que si aquel muchacho significó tanto para mi vida, fue por la forma en que amaba los libros. Con un amor irracional, feroz, contagioso, ciego y suicida.» (Abreu 1994: 14) Era muy común que ambos pasaran largas

horas leyendo libros, hablando sobre ellos, etc. Los años en que Reinaldo trabajó en la Biblioteca Nacional debieron de ser los más interesantes en ese sentido, ya que Arenas atrajo para sí a una serie de jóvenes intelectuales interesados por la lectura, a través de las posibilidades de aquellos pasillos llenos de tesoros. Es de suponer que el siguiente comentario de Abreu podrían haberlo hecho tantos otros escritores de la época:

Cierro los ojos y vienen aquellas tardes en el salón de lecturas de la Biblioteca Nacional. Nos reuníamos allí una vez a la semana, mientras afuera la ciudad mugía al compás de los himnos cretinoides. En aquel salón silencioso se apelotonaba un sosiego maternal, un hábito infantil que nos protegía, que nos comunicaba una resistencia, un amparo inexplicable, indocumentado, pero asombrosamente palpable. Me dirigía a la biblioteca cuando salía del trabajo, y al llegar me lo encontraba leyendo. Leíamos libros prohibidos que algún conocido que trabajaba en el lugar se arriesgaba a proveernos sin el correspondiente permiso. Tardes sagradas de salvación por los libros, que no regresarán. Como no regresarán aquellos que éramos. (Abreu 1994: 16)

Hoy, dos décadas después de la muerte de Reinaldo Arenas, lo que nos quedan son sus papeles, custodiados en otra biblioteca. Vuelvo a hurgar en los *folders* que guardan sus tesoros personales y me encuentro en la carpeta número trece el manuscrito de dos páginas de aquel primer cuento, «Los zapatos vacíos», fechado en 196?, con la letra de Reinaldo y unas anotaciones autógrafas de Eliseo Diego, el poeta que se fijó en él y le envió el telegrama para decirle que su texto y su intervención habían sido dignos de una mención especial. Sé que ese fue el principio de una historia que ha otorgado al acervo literario mundial una obra de las más sólidas del Caribe. Lo tengo en mis manos, lo contemplo. La funcionaria de la sala especial de «Rare Books» de Princeton me mira con sospecha, como si fuera un delito tocar esas piezas. Ella sabe que ese material es muy valioso, pero probablemente desconoce esta historia y desconoce nuestro idioma. Cuando me levante de aquí, cuando vuelva a España, seré consciente de que este habrá sido un minuto de gloria, probablemente irrepetible, pero también tendré la certeza, y esta duradera, de que Reinaldo está aquí, en su biblioteca, entre libros y manuscritos, y descansa en paz alrededor de estos papeles.